

¿MI HIJO PARA DIOS?

Algunas claves para entender por qué
tu hijo desea entregar su vida a Dios

Antonio Pérez Villahoz

C^e
COBEL EDICIONES

Primera edición: noviembre de 2013

© Cobel
© Antonio Pérez Villahoz

ISBN: 978-84-15024-81-1

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

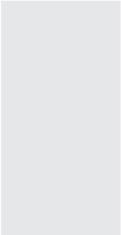
Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	9
Dios llama... a quien quiere.....	13
Dios llama... para algo	17
La vocación, un don de Dios.....	21
¿Estamos locos?... Mi hijo tiene 15 años	25
La edad no es el problema.....	29
¿A qué edad hay que entregarse a Dios?.....	35
Primero échate una novia... y luego hablamos	39
Cuesta aceptarlo... pero Dios ama a tu hijo más que tú	43
Resistirse a que un hijo se entregue, no es pecado... ¡es humano!	47
Mi hijo no es mío... es de Dios.....	51
Desprenderse de un hijo cuesta... aunque sea para Dios.....	53
En el fondo, Dios y tú queréis lo mismo: un hijo feliz	57
Dios necesita de ti para que tu hijo pueda ser para Dios.....	59
Sin ti no va a poder... ¡y lo sabes!	63
¿Y si finalmente mi hijo, pasado un tiempo, ve que no tiene vocación?	65
La culpa es tuya. Haberlo hecho un egoísta y un descreído	69
¿Por qué tanta prisa en que se entregue?	71

¿Por qué esta insistencia en que los padres apoyen la vocación de sus hijos?	75
¡A mi hijo le han comido la cabeza!.....	79
Entra de frente al problema: ¡ira!	79
Quien apuesta por la libertad... es fácil que acierte.....	83
¿Cómo sé que Dios llama a mi hijo?.....	87
El Papa no pone vocaciones... ni tú las quitas.....	91
No llames a la policía... ¡no quieren robártelo!	95
¡Malditas celotipias!	99
Que esté cerca de Dios... pero sin pasarse	101
Padres “previsores”	105
Hijos con mirada triste	109
Un día... Dios te preguntará por este día	113
Es muy fácil destruir una vocación	117
¿Te has preguntado qué espera tu hijo de ti?	121
Dios ya contaba con tu resistencia cuando dio la vocación a tu hijo	125
La calle grita lo contrario al sí a Dios	129
Marca mucho el sí... y el no a Dios	133
Si te va bien, esto de la vocación te costará más entenderlo.	137
¿Te mueve un cariño exclusivamente humano?	139

¿Y qué hago yo ahora con el vestido de novia de mi hija?	143
La entrega de un hijo es un regalo para los padres	147
Disfruta de tu hijo, por favor... que es la mejor época de su vida	151
ANEXO 1: Juan Pablo II y la vocación de los jóvenes.....	159
ANEXO 2: ¿Qué dicen los santos sobre la vocación de los hijos?	199
ANEXO 3: Los aspirantes en el Opus Dei	205



INTRODUCCIÓN

La escena de un hijo que transmite a sus padres el deseo de entregar su vida a Dios, ha marcado la vida de muchos. ¡Cuántas cámaras de vídeo hubieran deseado inmortalizar ese momento, y cuantos padres y madres miran con alegría contenida, y una sonrisa en sus labios, las imágenes que todavía quedan grabadas en las retinas de sus ojos! Y es que, para unos cuantos, esa conversación supuso un antes y un después en la vida de sus hijos y en las suyas propias... y no siempre el comienzo fue fácil para todos.

Que un hijo decida entregar su vida a Dios es algo muy fuerte... Es verdad que llevamos dos mil años viendo esta escena en miles de almas, pero hasta que no es un hijo tuyo, uno de tu mis-

ma carne, no dejan de ser anécdotas de la vida de otros. Todos admiramos que haya personas que decidan dar su vida a Dios y ponerse al servicio de todos los hombres, pero cuando ocurre en la propia familia, las reacciones pueden ser de lo más diversas: asombro, perplejidad, orgullo, cabreo, incomprensión, rechazo, lágrimas, alegría, dolor y un larguísimo etcétera. Pero en todos los casos –o en su inmensa mayoría- surge la sorpresa y el desconcierto. Aunque unos padres –especialmente las madres- se lo vieran venir... nadie acaba de creérselo del todo. Es de esas noticias que paralizan nada más escucharlas...

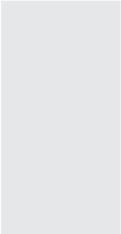
Pero más importante que todo esto es saber cómo reaccionar -como madre y como padre- tras escuchar de labios de tu propio hijo que desea entregarse a Dios. Las primeras reacciones no hay quien las controle, pero una vez asumido el golpe, toca reflexionar, observar, darle vueltas y... rezar.

Al mundo actual le cuesta entender a Dios. La sociedad ha envejecido en esto del amor. Se ha vuelto resabiada, objetiva y demasiado humana para ser capaz de ver a Dios detrás de la vida de muchos... y ese modo de pensar, llevados por unos ideales que muchas veces no superan el materialismo y el afán de seguridad personal, ha calado en la vida de muchos buenos padres que ven, de primeras, la entrega a Dios como un absurdo, como un lujo de antaño, como una ilusión

quimérica, como un desperdicio de la propia vida... Y de ahí, a veces, tanta oposición inicial cuando un hijo joven se plantea su vocación.

Hemos logrado –no se sabe muy como- que cale en muchos la idea de que entregar la vida a Dios es una exageración... que no merece la pena dejar tantos placeres de esta vida, que vale más casarse y disfrutar de las cosas, que hay mucha experiencia de otros que lo han intentado y han fracasado, que es bueno evitar al propio hijo el sacrificio de ese empeño, los sinsabores que le traerá su deseo de ser solo para Dios, que es mejor conocer más mundo, experimentar otras cosas, hasta tener mucho más conocimiento de lo que uno deja...

Y es que, aunque pretendamos ocultarlo, le hemos cogido miedo a Dios. Nos falta amistad con Él, conocerle y tratarle para comprobar de primera mano que Dios no quiere robarnos a nuestro hijo... pero por esa experiencia hay que pasar y, ojalá, con la gracia de Dios, seas capaz de acertar.



DIOS LLAMA... A QUIEN QUIERE

Lo hemos oído miles de veces... o al menos alguna vez. La vocación es una llamada de Dios a alguien para algo. La vocación es un asunto que atañe a una persona y al mismo Dios... es algo muy íntimo, muy personal, de lo que no es fácil hablar así sin más, con cuatro frases de folleto o un slogan llamativo. La vocación es el dialogo más íntimo, más fuerte y más impactante que tiene un alma con Dios. Es un “tú para mí” de Dios que no es traducible fácilmente a palabras. Por eso, la actitud primera y más honrada de quien se acerca a este fenómeno es el respeto, el saber entrar de rodillas a la conciencia de alguien que se ha planteado qué quiere Dios de él.

Por eso, pretender adentrarse a hablar de vocación exige, en primer término, saber que nos re-

ferimos a algo muy serio y muy personal. Y eso es así porque todo se sustenta en una verdad muy sencilla de exponer: Dios llama. Es decir, Dios tiene la capacidad de elegir a un alma para algo concreto. Dios elige a personas concretas para cosas concretas. Esa es la vocación que uno descubre y a la que responde afirmativa o negativamente, pero el hecho inequívoco es que Dios llama a personas –con nombres y apellidos- de maneras muy diversas.

Toda vocación es un querer de Dios para alguien, no al revés. El que llama es Dios, el que da las capacidades y la Gracia para responder es Dios, el que se empeña es Dios, el que quiere es Dios, el que elige es Dios. No al contrario. El hombre ya puede empeñarse de mil modos, que si Dios no llama, no llama.

Por eso, resulta paradójico intentar hablar de vocación con criterios exclusivamente humanos. Podemos analizar la vocación desde perspectivas muy diversas, podemos someterla a estudios de mercado, a ranking de cualidades personales, a razones psicológicas o socio-culturales... Incluso podemos extraer conclusiones de seducción religiosa, chantaje emocional, captación de menores, tácticas de anulación de la voluntad... Podemos hacer lo que nos de la gana, pero nada de ello escapa al hecho tan simple de que Dios llama cuando quiere, a quien quiere y cómo quiere. Y ahí tenemos miles de ejemplos de muchos santos

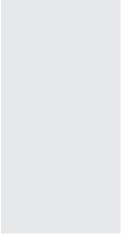
—y no tan santos— a los que Dios ha llamado a pesar de las muchas páginas que se han escrito intentando reducir la vocación a meras explicaciones humanas.

Aceptar esta realidad es el único inicio posible para intentar comprender el fenómeno de la vocación tanto en un joven, en un adolescente, en una mujer o en un hombre maduro o incluso en un anciano, que de todo hay en la viña del Señor...

Es bien cierto que este hecho no anula otras decenas de preguntas: ¿Cómo sé que Dios me llama?, ¿cómo descubro mi vocación?, ¿cómo sé que mi hija o mi hijo están maduros para tomar esta decisión?, ¿cómo sé que esa posible vocación no es un entusiasmo pasajero y es realmente algo de Dios?, ¿por qué no esperar?, ¿por qué no conocer más mundo, tener una experiencia más amplia antes de elegir esa llamada de Dios? Estas, y muchas otras preguntas, se asoman a la cabeza de cualquier madre o padre honrados que se encuentran con un hijo que les plantea una entrega a Dios. Y es bueno hacerse esas preguntas, pero la gran tragedia sería alejarse de esa verdad tan majestuosa y tan sencilla de que Dios puede elegir a quien quiere sin pedir permiso a nadie, sin tener que justificar su elección...

Si Dios llama es por puro amor a sus criaturas. Dios no compite con los hombres. A Dios sólo

le mueve un único deseo: hacer feliz a un alma. No quiere otra cosa de nadie. No busca cálculos egoístas, no es un estratega de la eficacia, no expone razonamientos de conveniencia, no promete éxitos fáciles, no busca quitar problemas ni hacer la vida más cómoda a nadie. Sólo desea amar gratuitamente, darse porque sí, invitar a seguirle a los que quiere. Y éste es el único motivo de que existan mujeres y hombres llamados por Dios. Es, sin duda, un misterio, pero es un misterio muy comprobable en la vida de muchos...



DIOS LLAMA... PARA ALGO

San Mateo lo explica muy bien en su Evangelio: “Subió al monte y llamó a los que Él quiso; y vinieron junto a Él, para que estuvieran con Él, y para enviarlos a predicar” (Mt, 3, 13-15).

Para esto llama Dios, para estar con Él y para que cumplan la misión que Él les encomienda: rezar por las almas en un monasterio perdido del mundo, estar en medio de la calle dando un verdadero testimonio de vida cristiana, vestir una sotana y administrar los sacramentos, o un sin-fín de posibilidades que solo a Dios atañe.

Y es que sorprende darse cuenta que todo un Dios omnipotente desea contar con las almas para llevar a los hombres el mensaje cristiano.

Muy cierto es que todos, absolutamente todos, hemos sido llamados por Dios en nuestra vocación cristiana a la santidad, y esa vocación universal puede muy bien Dios concretarla en un camino particular que llamamos vocación personal.

Todo cristiano –tú y yo- sabe por experiencia propia que necesitamos de otros hombres para acercarnos a Dios... ¡Cuántos buenos sacerdotes nos han sacado de nuestra tibieza espiritual o de nuestro abandono de la práctica religiosa! ¡Qué necesario resulta encontrarse hombres y mujeres entregados a Dios que, con la manifestación sencilla y honda de su vida cristiana, nos acercan a Él por su conducta, por su ejemplo, por su palabra amable!

No basta saberse los mandamientos e ir a Misa los domingos para luchar por ser santo. La vida es complicada –a veces muy complicada- y sin la mano amiga de esas personas entregadas completamente a Él, ¡que difícil resulta la batalla de luchar por estar cerca de Dios!, ¡qué duro se hace ese recorrer cristiano de la vida!

Que Dios necesita de almas entregadas, es algo de lo que todos nos damos cuenta. El problema real está en que cuando esa llamada de Dios se concreta en un hijo nuestro o en una hija nuestra, carne de nuestra carne, vida de nuestra vida, entonces se encienden todas las alarmas. No es

lo mismo conocer al amigo de un conocido que tiene una hija monja de clausura que el hecho de que la monja sea tu propia hija.

Muy pocos padres cristianos discuten la vocación como concepto general de la vida cristiana y de la vida de la Iglesia. Lo que a un padre y a una madre le pone en alerta es que sea el propio hijo quien haya planteado la posibilidad de entregar su vida a Dios, y más cuando nuestro hijo es una persona joven.

Ante esas alertas, reflexionemos sobre lo que decía el Papa Juan Pablo II: “No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven o menos joven la llamada del Señor. Es un acto de estima y de confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia”.